



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11387

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
jero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 21 DE AGOSTO DE 1899

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
facil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



## LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.

31 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA. Caba los 15.

## JOSÉ GOMEZ É HIJOS

PUERTOS DE MURCIA

Depósito exclusivo de la Rioja Alta

SOCIEDAD DE GOSSECHEROS

DE VINO DE HARO

PRECIOS DE LOS VINOS

Botella de vino tinto con casco á 1 10

Media idem de idem con idem á 0 75

Botella de vino blanco con idem á 1 25

Media idem de idem con idem á 0 85

Esta casa entrega 6 15 por cada casco  
vacío que se devuelva.

## ¡POR FIN!

¿Será verdad que vamos á tener  
luz y espacio y saneamiento?

¿Será cierto que se acerca el ins-  
tante en que la atmósfera malsana  
que envuelve á esta ciudad tan que-  
rida será purificada?

¡Doce años persiguiendo la vida  
y la salud, accehados por la traido-  
ra calentura! ¡Doce años vividos  
entre el desengaño y la esperanza,  
ora sintiendo las alegrías del que  
considera pasado el peligro, ora  
lamentando la desilusión de ver  
que se alarga el camino que con-  
duce el bien!

Cuánto trabajo realizado en esa  
eternidad, fructuoso alguno, in-  
fructuoso el resto. Cuántos temo-  
res; cuántas desdichas; cuántas  
noches pasadas en vela junto al  
lecho del hijo adorado, escuchan-  
do su respiración fatigosa y su de-  
lirio; luchando á brazo partido con

la muerte; maldeciendo la incuria  
que nos sume en dolores tan hon-  
dos; pensando en un mañana feliz  
que nunca llega porque le obstru-  
ye el peso del mal, el maldito in-  
terés de bandería ó otros intereses  
de mas baja ralea.

Contando con los mejores ele-  
mentos; sumando á cada instante  
valiosas voluntades dispuestas á  
sacar á este pueblo infeliz del cir-  
culo en que lo tienen acorralado  
sus desdichas; teniendo de nuestra  
parte al Parlamento que nos ha  
dado leyes de excepción para cu-  
rar nuestros dolores, hemos visto  
pasar un año y otro sin que la an-  
siada curación viniera.

Por fin abrimos el pecho á la  
esperanza. La sentimos germinar  
en el momento mismo en que una  
gran empresa ofreció hacerse car-  
go de las obras que nos han de  
abrir el camino que lleva á la  
salud; pero allí estuvo también  
la suspicacia y el interés político  
encubriendo otra clase de intere-  
ses, y si la esperanza en el sanea-  
miento subsiste aun, no es porque  
no hayan realizado los enemigos  
per accidens de tan deseada mejora,  
esfuerzos sobrehumanos para des-  
truírlos.

Por fortuna el trabajo de zapa  
no ha dado los frutos esperados;  
la opinión no se ha dejado influir  
por el vulgarísimo y santo argu-  
mento de que la empresa que ofre-  
ce realizar las obras, pretende ha-  
cer con ellas un negocio y hablan-  
do por boca de sus representantes  
en el Municipio, ha dicho que quie-  
re el saneamiento sobre todas las  
cosas

El voto unanime dado por todos  
los concejales, menos uno, en la  
sesión del sábado al dictamen de  
la comisión mixta, indica que es-  
tamos en camino firme, despejado  
y fácil, decididos á ir derechamen-  
te en busca de la ansiada salud.  
Tiempo era ya de que echáramos  
francamente por él.

Lo que importa ahora es no de-  
tenernos por nada ni por nadie;  
bastante tiempo hemos vivido in-  
ciertos acerca del camino á seguir  
para llegar más pronto al fin pro-  
puesto.

Cuentan que argumentando á  
Castelar un correligionario al ver-  
le tirar impavido la impedimenta  
que le impedía obrar con desem-  
barazo para afirmar el principio  
de autoridad, cuando estuvo encar-  
gado del poder, replicaba con el  
siguiente argumento en el cual  
ponía su palabra enérgica y su al-  
ma entera:

—Patria, hay que hacer patria á  
loda costa.

Plagiando las palabras del ho-  
rado tribuno, debemos contestar á  
los que al cabo de doce años se de-  
tienen para ofrecernos formulas  
empíricas que nada remedian ni cu-  
ran nada.

—Saneamiento, hay que hacer el  
saneamiento porque sin él va ha-  
ciéndose imposible la vida

Al saneamiento vamos y lo úni-  
co que sentiremos es que no sea  
por el camino mas corto y en tren  
expreso.

## CHACARRA BUBÓNICA

QUINTILLAS EPIDÉMICAS

Ave pestis, morturi  
te salutem.

La peste en Oporto anida,  
y se teme que, extendida  
en plazo próximo y corto,  
nos arrebaté la vida.  
¡Vaya un traguillo de Oporto!

Para evitar la infección  
nos fumigarán, presumo.  
Quizás en esta ocasión  
se atufe nuestra nación  
cuando la envuelvan en humo.

Las altas disposiciones  
aplaude la multitud  
que silbo en mil ocasiones.  
¡Oh, poderosa virtud  
del temor á los bubones!

Ha venido de Bombay  
la horrible peste bubónica,  
y con sencillez lacónica,  
Dato destituye á Ecay.  
Eso es un dato ¡caray!

Fueron Jimeno y Pulido  
la inspección á organizar,  
y los dos han decidido  
que bajo ningún sentido  
dietas habrán de cobrar.

Remuchando á esas pesetas,  
con facilidad se advierte  
que al meditar en su suerte  
no quieren aceptar dietas  
para estar así más fuertes.

Hay gente que de sensata  
tiene fama general,  
y, si de la peste trata,  
mete enseguida la pata  
de un modo fenomenal.

—Mientras tengamos coñac  
que el interior nos caliente,  
la peste no atacará.  
—Usted trae la peste ya  
—¿Qué la traigo...? De aguardiente.

—Con severidad austera  
que al de Guerra no permitan  
el pasar por la frontera.  
—Pero, hombre ¿por qué se excitan  
ustedes de esa manera?

—No queremos que circule  
ese mal, ni se haga crónico  
porque al ministro se adule.  
Si viene de la Burbule  
vendrá, sin duda, burbónico

Dice algún reaccionario,  
promoviendo enorme oisco,  
que cambiar es necesario,  
por el cordón sanitario,  
el cordón de San Francisco.

Los casos ¿cuál contarán  
los portugueses? ¡Dios mío!

De tijo que nos dirán  
qué á los de Oporto les dan  
mil contos d' escalofrío.

Do milagro aquí se vive:  
de la razón en oprobio  
á Mendoza se prescribe  
cultivar pronto el microbio.  
¡Pa' diez, que no lo cultive!

O Comercio, descarado,  
afirma tranquilamente  
que un sastré que ha reventado  
en Oporto, no ha expirado  
de la epidemia corriente.

Solo de un cólico fue,  
pues el difunto, sin seso,  
de manzanas con exceso  
se atracó... Manzanas ¿eh?  
¡Qué cologa más... camuesol!

En fin, no hay por qué asustarse,  
ni la situación es crítica.  
¿Quién va en España á apostarse  
después de tanto aguantarse  
la peste de la política?

Por mi parte no me altero  
en peligros como este.  
Más miedo tengo al casero.  
Bese si que es una peste  
que temo

Paco Tiliaro.

## TOROS

Como estaba anunciado, ayer tarde se  
verificó en la plaza de toros la corrida  
con tanto afán esperada por los que ya  
habían visto lidiar toros bravos á las  
dos esperanzas del toreo que llevan  
los nombres de guerra, Algabeño chico  
y Gallito.

Yo no soy gran aficionado á la fiesta  
nacional—confieso mi culpa y prometo  
no enmendarme—pero ¿dónde va un  
ciudadano español en día de corrida  
que no se aburra?

Haciendo lo que Clemente,  
fui dónde iba la gente

y me encontré de improviso en la plaza,  
frente por frente del palco presidencial,  
del que acababa de posesionarse el ins-  
pector de pesas y medidas señor Font.

—¿A quién habrá que coharle aquí el  
metro?—preguntó una barbiana á un  
repatriado de Cuba.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 566

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 567

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 570

—¿Sois vos, señora? dijo con acento displicente.

—Sí, yo soy, contestó de una manera opaca, ar-  
diente y seductora la princesa: abrid, señor; quitad  
el maldito mueble que sin duda habeis pnesto delan-  
te de la puerta.

—No quiero veros, no quiero oiros, dijo Felipe V:  
me habeis hecho traición; y si no os he echado, es  
porque no sé como lo tomaría mi abuelo, mi grande  
abuelo, á quien tenéis engañado.

—¡Ingrato! exclamó la princesa.

Y su voz parecía alterada por el llanto, aunque  
ni una sola lágrima había salido á sus ojos.

—Dejadme en paz, dijo Felipe V, con un acento  
en que se comprendía que á través de la puerta y de  
los pesados sillones que el rey había apilado contra  
ella, la princesa le había herido en el corazón.

—¿Por qué ois, dijo la princesa, las calumnias de  
los que os aborrecen contra la que os ama con toda  
su alma y mas que su vida? ¿No me amais ya? ¿Por  
qué me abandonais?

El rey se aturdió, tembló, fué envuelto por una  
fascinación invencible.

Probó sin embargo á sostenerse.

—Tengo mucho, mucho, muchísimo de que acusa-  
ros, Ana Maria.

—¡Ah! ¡bien, señor, bien! dijo la princesa; ¡no

queréis oirme, me rechazais, me desgarrais el alma,  
cuando yo os traía entero el tesoro de mi amor!  
Adios. Mañana ya no estaré en palacio. Adios, señor  
adios: no os olvidéis de mí, para compadecerme á lo  
meaos.

Y se retiró triunfante.

Estaba segura de que el rey no tardaría en apare-  
cer en su cuarto.

IX

Sentóse en él, en un sillón, junto á la mesa coloca-  
da en el centro, y frente á la puerta secreta.

No pasaron diez minutos antes de que se abriese  
esta y apareció el rey vestido á la ligera, puesto que  
traía pantuflas, y en vez de casaca y chupa, venía  
envuelto en un capotillo de seda con mangas.

Al adelantar el rey, la princesa se levantó y arro-  
jó de sí el manto que la envolvía.

El rey retrocedió fascinado.

—¡Ah! exclamó juntando las manos: ¡angel ó de-  
monio, seas lo que quieras, yo te adoro!

—Sí, sí, dijo con una voz ardiente y entrecortada  
la princesa; angel para tí, Felipe; angel enamorado  
y loco: no puedo, no puedo mas; perderte yo! no  
amado mio, no; fuera temerosa, afuera consideracio-

—¡Ah! esclamó don Felipe: ¡tú esposa de ese  
aventurero buscador de coronas!

—Que si yo fuera su esposa, Felipe, sería reina.  
¿Sabes lo que predijo á mi madre un astrólogo  
cuando estaba en cinta de mí? «Alegraos, señora,  
porque llevais en vuestro seno á una reina».

—Sí, á la reina de mi alma, dijo Felipe V, que mi-  
raba de una manera hambrienta los encantos de la  
princesa.

—Reina de tu alma en buen hora; pero en medio  
de un profundo misterio: el amor nos arrastra el  
uno hácia el otro; pero seamos prudentes: la reina  
no debe aperebirse de que yo soy para tí otra cosa  
que tu consejera, tu guía. Oye, Felipe: no volverás  
á verme como me ves sino cuando no haya unas tes-  
tigos de nuestra felicidad que la noche y el silencio:  
por tí y para tí solo me sentenciaré al tormento del  
tocador por agradarte mas.

—¡Ah! tú eres siempre para mí, hermosa, encan-  
tadora.

—No tanto, no tanto como la marquesa de Nues-  
tra Señora de las Nieves ó doña Esperanza Enriquez  
de Cabrera, ó doña Esperanza de Austria.

—Una palabra, Ana Maria: ¿quiero que me seas  
leal conmigo? ¿Es hija tuya D.ª Esperanza de Ayala?

—Sí, hija la princesa-buena de los ojos.